

Prólogo

Doy charlas para directivos por todo el mundo y suelo comenzarlas con la pregunta: «¿Cuántos os consideraréis líderes? Levantad la mano los que os veáis así». Y siempre me sorprende que menos del 20% levanten la mano. ¿Por qué estos directivos cuyo trabajo es precisamente —por definición— liderar a otros, no se consideran líderes?

La respuesta es que la mayoría de la gente, incluidos los directivos, creen que el liderazgo viene dado por el título y el puesto que se ocupe. Los que no levantan la mano consideran que no tienen un título lo bastante rimbombante o un puesto lo suficientemente alto como para llamarse a sí mismos líderes.

De seguro estos ejecutivos no tuvieron un padre como el mío, un almirante de la Marina condecorado en varias ocasiones que me enseñó lecciones de incalculable valor sobre liderazgo. Nunca se me olvidará el día en que me eligieron delegado de la clase en séptimo curso de primaria; recuerdo que volví a casa todo orgulloso y ufano, y mi padre me dijo: «¡Felicidades, Ken! Pero, ahora que eres delegado de clase,

ni se te ocurra hacer valer tu puesto. Los grandes líderes lo son porque la gente confía en ellos y los respeta, no porque tengan poder».

Ese es el mensaje del maravilloso último libro de Jon Gordon, *El carpintero*. Te animo a que pienses en el personaje principal como un mentor. Te enseñará que cualquier ser humano que ama, sirve y cuida es un líder.

Si te dedicas a los negocios, cambia el enfoque de «ganar» —sea lo que sea que signifique para ti— a utilizar tu negocio para amar, servir y ayudar a los demás a crecer. Si lo haces, tendrás éxito y tu negocio crecerá de manera que nunca imaginaste.

También aprenderás que para conseguir el verdadero éxito debes ayudar a los demás. Tu primer cometido en la vida no es juzgar y evaluar a la gente sino ayudarles a tener éxito en lo que sea que hagan. Es decir, el éxito es para compartirlo.

Me parece muy emocionante que hayas decidido leer este libro. *El carpintero* puede cambiar tu vida para bien y tú puedes cambiar la vida de la gente que te rodea, que a su vez puede cambiar la vida de las personas con las que se relacionan y, tal vez así, uno por uno, podamos cambiar el mundo.

KEN BLANCHARD
Coautor de *El ejecutivo al minuto*
y *Liderazgo de máximo nivel*

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Walter Isaacson, el autor de *Steve Jobs*, que me ha inspirado para la historia que cuenta el carpintero sobre cómo su padre no quería usar madera barata para la parte trasera de los armarios. El padre de Steve Jobs le enseñó la misma lección mientras construían una valla y al leerlo se me ocurrió la idea de adaptarlo para mi propio libro.

Doy también las gracias a Erwin McManus: su charla sobre cómo hay que estar un poco loco para tener éxito me inspiró en lo que he escrito sobre este tema.

Asimismo agradezco a Joey Green, autor de *The Road to Success Is Paved with Failure* [El camino hacia el éxito está pavimentado con fracasos], por los ejemplos de fracasos famosos que comparto en este libro.

Mi agradecimiento también a Frank Gambuzza por haberme contado el secreto del fenomenal éxito de su peluquería.

También quiero dar las gracias a Matt Holt, director editorial de Wiley, a mi editora Shannon Vargo y el resto del

equipo de Wiley por haber creído en este libro y por compartirlo con el resto del mundo.

Y doy las gracias a mi mujer, Kathryn, por leer el manuscrito y hacer excelentes cambios y sugerencias, como siempre.

Además, no puedo dejar de agradecer a mis amigos Dan Britton y Joshua Medcalf el tiempo que han dedicado a leer este libro y compartir sugerencias y opiniones para mejorarlo.

Mi agradecimiento va también para mi equipo, incluidos Daniel Decker, Brooke Trabert y Anne Carlson, por todo su apoyo y por hacer posible que me dedique a lo que mejor se me da.

Y, cómo no, gracias a todos los artesanos y artesanas que encaran la vida y el trabajo con mentalidad de artistas.

Gracias a todos los que aman, sirven y cuidan, y se convierten en la misión.

Y, lo más importante de todo, gracias a Dios por el Carpintero que me salvó en 2006 y transformó mi vida, mi corazón y mi alma para siempre.

1

Colapso

Lo último que recordaba Michael cuando se despertó en el hospital era que había salido a correr por las calles de la ciudad y que mientras corría iba pensando en formas de hacer crecer su empresa. Ahora estaba tendido boca arriba en una cama, enchufado a unas cuantas máquinas. Su mujer Sarah estaba sentada a su lado y también había una enfermera de pie junto a la cama.

—¿Qué hago aquí? —preguntó algo desorientado— ¿Me ha atropellado un coche o algo así?

—Ibas corriendo y te desmayaste —le respondió Sarah, que estaba llorando y hasta temblaba; de hecho estaba muy preocupada porque, en todos los años que hacía que lo conocía, nunca lo había visto enfermo más allá de un catarro, y mucho menos en el hospital.

—¿Cómo? ¿Por qué? —quiso saber él.

—Eso es precisamente lo que está intentando averiguar el médico ahora mismo. Está revisando las pruebas que le han hecho y vendrá enseguida —le contestó la enfermera.

—Confío en que esté todo bien —dijo Michael al tiempo que paseaba la mirada por la habitación para posarla finalmente en Sarah. Ella intentó sonreír y aparentar entereza pero no lo consiguió. Estaba asustada y esperaba malas noticias.

Michael levantó el brazo y se palpó el vendaje de la cabeza.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Te traje una ambulancia. Te diste un buen golpe en la cabeza al caer. Los de emergencias médicas nos dijeron que un hombre, al ver que te desplomabas, fue a ayudarte. Por lo visto usó su propia camisa para parar la hemorragia y llamó al ciento doce. Es probable que te salvara la vida.

—¿Y quién era?

—No les dio el nombre, solo esa tarjeta de visita que tienes en la mesilla.

Sarah cogió la tarjeta y se la dio a Michael. Era muy sencilla, blanca con la palabra CARPINTERO y un número de teléfono en letras negras.

—Parece que el marketing no es lo suyo —comentó Michael, que ya iba espabilando y recuperando su sentido del humor.

El nerviosismo de Sarah se transformó por un instante en una carcajada y negó suavemente con la cabeza al comprobar que, incluso estando en el hospital, su marido no dejaba de pensar en los negocios. Por lo menos estaba agradecida de ver que ya iba volviendo a la normalidad.

En ese momento entró el médico que se colocó de pie junto a la cama:

—Bueno, la buena noticia es que no ha sido un ataque al corazón como me temía —anunció al tiempo que le daba la mano a Michael.

—¡Un ataque al corazón! —exclamó el paciente— ¡Soy demasiado joven para que me dé un ataque al corazón!

—No necesariamente —replicó el doctor—. De hecho, su cuerpo le está advirtiéndole de que más le vale aflojar el ritmo y gestionar su estrés, o si no cualquier día va a saber lo que es que le dé algo de verdad. ¿Ha estado sometido a mucha presión últimamente?

Michael y Sarah se miraron.

—Tenemos nuestra propia empresa —explicó Sarah—, la montamos hace poco y, con dos niños, ha sido un auténtico torbellino.

—Pues mi consejo es que se lo tome con más calma —dijo el médico mirando a los ojos a Michael—. Ningún negocio ni ninguna perspectiva de éxito merecen jugarse la salud ni la vida. Quiero que descanse unas semanas antes de volver al trabajo. Le vendrá bien tanto a su corazón como a su cabeza. Además tiene una contusión leve. Nada particularmente serio ni grave, pero eso también quiero que se lo cure bien.

Michael miró a Sarah. Con todo lo que tenían encima, descansar era lo último que necesitaba.

El médico echó a andar hacia la puerta pero antes de salir se dio media vuelta y le advirtió:

—Ha tenido suerte de que esto no haya sido más que un aviso. Por mis manos pasa constantemente gente que no tuvo un aviso previo como este. Recuerde: si la vida le da un aviso de estos es por algo. Aprenda de ello. Haga las cosas de otra manera. Su salud, sus hijos y sus futuros nietos se lo agradecerán.

2

Descanso

Al día siguiente, Michael se quedó en casa leyendo y viendo la tele en un intento por seguir los consejos del médico. Nunca se lo habría reconocido a Sarah, pero hubiera preferido morirse a tener que descansar. Además, le horrorizaba pensar en ella teniendo que llevar el negocio sola. Lo habían hecho todo juntos desde el principio y, por mucho lío que tuvieran con el colegio y los niños, los deportes y las actividades extraescolares, ninguno de los dos había faltado al trabajo ni un solo día hasta la fecha. Sabía que Sarah era más que capaz de llevar el negocio. Ella era el cerebro tras el *software* y los servicios que vendían, y también se encargaba del día a día cuando él se marchaba pronto para ir a entrenar al equipo de baloncesto de su hija; pero él era el motor que impulsaba la facturación y el crecimiento del negocio, y la razón por la que su empresa, Social Connect, había crecido de manera exponencial en el último año. Tanto Michael como Sarah habían pasado unos cuantos años en *start-ups* (empresas emergentes) tecnológicas antes de aventurarse a montar juntos la suya propia. Imponía mucho pensar que su

futuro y el de su familia dependían de Social Connect, y Michael estaba decidido a que fuera un éxito.

Pero ahora resultaba que precisamente los rasgos más marcados de su carácter —la determinación, la ética del trabajo y la pasión— estaban afectando a su salud y no tenía ni idea de qué hacer. Se sentía como un lanzador de béisbol al que le dicen que ya no puede lanzar bolas rápidas. Quería volver al trabajo inmediatamente, pero Sarah no se lo iba a permitir.

—Antes me divorcio —lo había amenazado—. La marcha del negocio no va a depender de unas cuantas semanas, pero tu salud sí.

Incapaz de hacer que Sarah cambiase de opinión, Michael se quedó en casa, recorriéndola de arriba abajo mientras intentaba relajarse y fracasando miserablemente en el intento. Se detuvo ante el televisor de pantalla plana del cuarto de estar, se sentó en el sofá y se puso a pensar en el mueble para la televisión que quería hacer Sarah. Por primera vez, era capaz de imaginárselo. Al principio había considerado la posibilidad de construirlo él mismo pero se acabó carcajeando de la ocurrencia: su padre siempre le había dicho que más le valía ganar un montón de dinero, porque iba a tener que contratar siempre a gente que le hicieran las reparaciones en casa. Michael había hecho algo incluso mejor, que había sido casarse con una mujer que era muy manitas y lo arreglaba todo; el padre de Sarah era mecánico y sus hermanos fontaneros, y siempre que se rompía algo en la casa los niños se lo decían a ella y no a Michael. No obstante, un mueble a medida para la televisión era ya mucho pedir, incluso para alguien tan hábil como ella.

Y entonces Michael se acordó del carpintero que le había salvado y cuya tarjeta tenía. «La verdad es que debería llamarlo para darle las gracias —pensó—. Pero, ¿qué le dices a un desconocido que te ha salvado la vida?... “Hola. Me has salvado la vida. ¿Sabes hacer muebles a medida para televisiones?”» Michael fue a buscar la tarjeta que estaba en la encimera de la cocina y decidió que simplemente le daría las gracias y le preguntaría a qué dirección le podía enviar un regalo. Marcó el número y al cabo de unos cuantos tonos oyó la voz del hombre que le había salvado la vida: «Hola, ahora mismo no me puedo poner al teléfono porque estoy haciendo unos armarios de cocina en el número ciento once de la calle Mayor. Estoy dedicándome en cuerpo y alma a estos armarios, así que no podré devolver llamadas hasta que no los termine, pero te garantizo que me aplicaré con la misma intensidad y cuidado a tu encargo también. Si necesitas hablar conmigo puedes venir a verme al ciento once de la calle Mayor durante la hora de la comida; paro a las doce del mediodía».

Michael negó con la cabeza. Un carpintero que no dice cómo se llama en el mensaje del contestador y que tampoco devuelve las llamadas a posibles clientes. «¿Pero cómo es que tiene siquiera clientes? —se preguntó Michael—. Este tipo no solo necesita una nueva tarjeta de visita, también le hace falta mucha ayuda para desarrollar su negocio.»

3

El carpintero

Al cabo de unos días, una mañana cuando Sarah y los niños ya se habían marchado después del zafarrancho matutino, Michael se dio un paseo tranquilo por el parque. No porque le apeteciese. Era algo que Sarah le obligaba a hacer. El médico le había recomendado que hiciera algo de ejercicio suave para activar la circulación de la sangre, y también había dicho que podía hacer cualquiera de sus actividades habituales —que no fuera trabajar— que no le produjese estrés. A la vuelta del paseo, Michael fue a por una botella de agua a la cocina y vio la tarjeta del carpintero, que seguía sobre la encimera. Se la quedó mirando unos instantes y decidió que iba siendo hora de darle las gracias en persona.

«No todos los días se conoce a la persona que te ha salvado la vida —pensó sentado en el coche en medio de un atasco de kilómetros—. ¿Y si no me cae bien? Ya sabemos que como experto en marketing deja mucho que desear... ¿Y si también deja mucho que desear como persona?» Michael iba considerando un montón de posibilidades mientras

circulaba lentamente por delante de las obras que estaban causando el fenomenal embotellamiento en el que estaba metido, y acabó por decidir que aquel hombre merecía que le diera las gracias, independientemente del tipo de persona que fuera. A fin de cuentas, tampoco todos los días necesitas que alguien te salve la vida.

A eso de las doce, Michael estaba aparcando delante del 111 de la calle Mayor, que correspondía a una enorme casa recién construida con una entrada para coches circular abarrotada de picaps y furgonetas de profesionales de varios gremios. Nada más cruzar el umbral de la puerta principal se encontró a un grupo de hombres pintando las paredes y el techo en medio de un coro de golpes de martillo y zumbidos de sierra procedentes de todas las direcciones. Fue hasta la cocina y reparó en un hombre de tez oscura y cabello castaño que le llegaba a la altura de los hombros; llevaba vaqueros azules, sandalias marrones y una camiseta blanca, y estaba comiendo sentado en la mesa de la cocina. Cuando el hombre alzó la vista y vio a Michael se le iluminaron los ojos; se puso de pie y fue corriendo hasta él con una sonrisa de oreja a oreja para darle un abrazo.

—¡Michael, qué alegría me da verte! Desde luego tienes mucho mejor aspecto que la última vez que coincidimos... —bromeó, dejando escapar una sonora carcajada—. Ya andaba yo preguntándome cómo estarías. ¡Qué sorpresa tan agradable!

—Estoy bien —respondió Michael un tanto azorado. No era muy aficionado a los abrazos y además no se esperaba un recibimiento tan efusivo de un desconocido.

El carpintero dio un paso atrás y clavó la mirada en la frente de Michael para luego posar un dedo justo al lado del corte.

—Está cicatrizando bien —declaró con una sonrisa radiante—. Hay que estar agradecidos por eso.

—Sí, tienes razón, es una suerte —respondió Michael con nerviosismo—, y yo además quiero darte las gracias a ti por haberme ayudado ese día.

—¡Ay, no fue nada! Tú habrías hecho lo mismo por mí —repuso el carpintero mientras volvía a la mesa de la cocina y le hacía un gesto a Michael para que se sentara con él.

—¿Qué pasó exactamente? —preguntó Michael.

—Bueno, era muy pronto, justo estaba saliendo el sol. Yo iba a pie camino de este trabajo precisamente (siempre voy caminando a trabajar), cuando te vi corriendo y de repente ¡pum!, ¡te desplomaste de golpe como si te hubieran disparado! Te diste con la cabeza en el suelo y empezaste a sangrar mucho, así que me quité la camisa y la usé para presionar sobre la herida de la frente y así parar la hemorragia, y llamé al 112. Tú estabas medio ido, pero cuando te pregunté cómo te llamabas mascullaste tu nombre con suficiente claridad como para oírte y poder dárselo a la policía cuando llegaron. Supuse que debía de haber gente que, al ver que no volvías de correr, estaría preocupada por dónde te habrías metido.

—¡Vaya, no me puedo creer todo lo que hiciste para ayudarme! ¡Muchas gracias! En el hospital me contaron que fuiste todo un héroe y me dieron la tarjeta de visita que me dejaste —respondió Michael al tiempo que se metía la mano en el bolsillo y la sacaba.

—Sí, es verdad —dijo el carpintero.

—Pero no aparece tu nombre. No sé ni cómo te llamas.

—¡Ay perdóname! Suelo escribir mi nombre en la tarjeta, así es más personal. Pero con las prisas de la ambulancia y todo eso se me olvidó. Disculpa que no me haya presentado como es debido. Me llamo J. Emmanuel —le informó con una sonrisa al tiempo que alargaba el brazo para estrecharle la mano a Michael—. De hecho, J es mi primer nombre de pila y Emmanuel el segundo, pero todo el mundo me llama sencillamente J y punto.

—¿Y J es diminutivo de Jason o John o algo así, o simplemente J-O-T-A? —quiso saber Michael.

—No, es J y punto. A mis padres les pareció que yo era único.

—Vale, pues J y punto entonces —sentenció Michael con una sonrisa al tiempo que se daban un apretón de manos—. Es genial poder poner nombre, o inicial, a la persona que me salvó la vida.

El carpintero soltó una carcajada y se levantó de la mesa para ir hasta los armarios que estaba haciendo.

—Yo sencillamente me alegro de haber estado allí para ayudar. Ya ves: cuando no voy por ahí salvando la vida de la gente, hago cosas como estas —dijo con una sonrisa, mostrando orgulloso su trabajo.

Michael podía no ser muy manitas, pero sí sabía reconocer un trabajo bueno cuando lo veía, y aquellos eran los armarios más maravillosos que había visto jamás. El tipo necesitaba ayuda con su estrategia de marketing, pero desde luego no le hacía ninguna falta con nada que tuviera que ver con la carpintería.

—Estos armarios me parecen increíbles —comentó Michael—, ¿también haces muebles a medida para televisiones?

—Hago lo que me echen. La verdad es que, a estas alturas, he construido casi de todo —contestó el carpintero.

—Genial, porque resulta que el médico y mi mujer me están obligando a tomarme unas semanas para descansar y reponerme del todo, y necesito alguien que me ayude a construir un mueble para la televisión. Además, en cierto sentido, me encantaría poder pagarte de algún modo por haberme salvado la vida —le explicó Michael, dando por sentado que al carpintero le vendría bien el trabajo.

—Para mí es un honor que quieras que construya algo especial en tu casa pero, por lo que más quieras, no pienses que me tienes que pagar en modo alguno —replicó J llevándose las manos al corazón—. Yo doy sin esperar nada a cambio. Es una manera preciosa de vivir y trabajar. No hagas nunca nada por obligación. Hazlo todo por gratitud y por amor. Es mucho más poderoso así.

Michael asintió con la cabeza mientras consideraba lo que decía el carpintero. Claramente, aquel tipo era mucho más de lo que podía parecer a primera vista. Nunca había conocido a nadie como él. La mayoría de la gente se habría limitado a aceptar el trabajo sin más, pero él no, él quería que lo contrataran por hacer un trabajo de calidad. J era sin duda diferente y parecía un hombre de principios; y, además, un poco de filosofía nunca venía mal. Y encima era buenísimo. Michael lo habría contratado en cualquier caso, independientemente de que le hubiera salvado la vida. Así que, haciendo buen

uso de su habilidad para escuchar y para vender, Michael se puso de pie y dijo:

—Bueno, a ver, ¿qué te parece esto?: te estoy muy agradecido por haberme salvado la vida y, porque eres muy buen carpintero, me *encantaría* que me hicieras el mueble para la televisión que quiero para casa.

—Suena fantástico —reconoció el carpintero, riendo mientras se acercaba a darle una palmada en la espalda a Michael.

J sabía que todavía no estaban completamente alineados ni mucho menos, pero pronto lo estarían. Veía claramente que Michael era de los que no dejan de aprender nunca, y eso significaba que podrían construir juntos mucho más que un mueble para la televisión.

—¿Cuándo puedes empezar? —preguntó Michael.

—Casi he terminado aquí con los armarios. Ya tengo encargos esperando para los próximos meses, pero voy a buscar la manera de hacerte un hueco. ¿Qué te parece si empezamos pasado mañana?

—Estupendo, aquí tienes mi dirección —contestó Michael, escribiendo la dirección en el reverso de su tarjeta de visita y entregándosela a J—. Te estoy muy agradecido por hacerme ese hueco. No me había dado cuenta que estabas tan ocupado.

—¡Uy, sí, tengo mucho trabajo! De hecho, creo que igual soy el carpintero más ocupado de la ciudad.

—¿En serio? —se sorprendió Michael— ¿Y eso por qué?

—Por los principios que inspiran mi negocio. Porque conozco las mejores estrategias para lograr el éxito —respondió el carpintero.

Ahora Michael estaba muerto de curiosidad. Seguro que no estaba hablando de su tarjeta de visita ni de sus habilidades de marketing...

—¿Y cuáles son? —preguntó.

—Te lo diré cuando te vea dentro de un par de días. Hay unas cuantas personas más que han venido a verme —añadió el carpintero; y luego, dándole a Michael un abrazo de despedida, saludó con el brazo a la gente de la cola que se había formado.

Michael salió de la cocina dejando atrás el grupo de personas que esperaban para hablar con J y le vino a la cabeza la idea de que igual el carpintero era mucho más listo de lo que se había imaginado.